

Hallándose en Leon el rey Luis XIII, el año de 1630, y habiendo caído enfermo, deseó su majestad ver el corazón de san Francisco de Sales, el cual le trajo su confesor. La curación pronta y milagrosa del rey contribuyó mucho para que creciese la devoción que ya se tenía al santo. Aquel grande y piadoso monarca mandó hacer, en testimonio de su reconocimiento, una urna de oro, donde se reservase aquella preciosa reliquia. Algunos años antes de su canonización, habiendo recibido por medio de ella semejante favor el duque de Mercur, su madre la duquesa de Vandoma mandó fabricar otra grande caja de oro, donde estuviese cerrado todo el relicario.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Leon de Francia, san Francisco de Sales, obispo de Ginebra, y confesor, del cual se hace memoria el día veinte y ocho de diciembre.

En Roma, sobre la via de Nomento, los santos mártires Papias y Mauro, soldados, los cuales no bien hubieron confesado á Jesucristo, en tiempo del emperador Diocleciano, cuando les rompieron las mandíbulas con guijarros, por orden de Laodicio, prefecto de la ciudad: en tal estado les hizo encerrar en un calabozo, despues molerlos á palos, y en fin destrozarlos con látigos con bolas de plomo á las puntas, hasta que espirasen.

En Perusa, san Constancio, obispo y mártir, el cual recibió con sus compañeros la corona del martirio, en defensa de la fe, bajo el emperador Marco Aurelio.

En Edesa, en Siria, san Sarbelio y santa Barbea, hermanos, quienes habiendo sido bautizados por el bienaventurado obispo Barsimeo, obtuvieron la palma del martirio durante la persecucion de Trajano, bajo el presidente Lisias.

En la comarca de Troyes, san Sabiniano, mártir,

decapitado por la fe de Jesucristo por orden del emperador Aureliano.

En Milan, san Aquilino, presbítero, á quien atravesaron los arrianos las garganta de una estocada, y así recibió la corona del martirio.

En Tréveris, el fallecimiento de san Valerio, obispo, discípulo del apóstol san Pedro.

En Bourges, san Sulpicio el Severo, obispo, ilustre por sus virtudes y erudicion.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui ad animarum salutem beatum Franciscum confessorem tuum atque pontificem, omnibus omnia factum esse voluisti; concede propitius, ut charitatis tuæ dulcedine perfusi, ejus dirigentibus monitis, ac suffragantibus meritis, æterna gaudia consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum....

O Dios, que quisiste que el bienaventurado Francisco, tu confesor y pontífice, se hiciese todo á todos por la salvacion de las almas; concédenos benigne-mente que, llenos de la dulzura de tu inmensa caridad, por los consejos y por los merecimientos de este gran santo, consigamos la alegría eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria, y la misma que el dia XXVIII, pág. 596.

NOTA.

« El capítulo 45 del libro intitulado el *Eclesiástico*, » de que ya hemos hablado, contiene el elogio de » Aaron, y de su sacerdocio prometido á sus hijos. » Despues habla del castigo de Coré, Datan y Abiron. » que sin vocacion legitima quisieron entremeterse en » las funciones del mismo sacerdocio. Describe la » magnificencia de los ornamentos sagrados, cuyas » riquezas, dice san Gregorio, eran figura de las » virtudes que deben ser el principal ornamento de » los sacerdotes. »

REFLEXIONES.

En cualquiera dignidad que se logre, en cualquiera estado en que se viva, en cualquiera empleo que se ocupe, en tanto es el hombre verdaderamente grande en cuanto agrada á Dios. Su aprobacion es la medida justa de nuestra grandeza; y ella hace, hablando con propiedad, todo nuestro mérito. Sea uno el primero, el mayor hombre del mundo á los ojos de los hombres, ¿de qué le servirá toda esa fugaz fantástica apariencia de gloria, si no lo es á los de Dios?

¡O, y cuánto sirve al estado y á la Iglesia un prelado santo, sobre todo en aquellos tiempos en que Dios está justamente irritado con nosotros! Por sus virtudes y por su ministerio es el árbitro, es el mediador que reconcilia á Dios con los hombres.

Hízole el Señor, dice el sabio, famoso, célebre, estimado de todo el pueblo, porque solo se aplicó, solo trabajó en hacer al pueblo sujeto y rendido á la ley santa de Dios. ¿Queremos trabajar con fruto y con felicidad en la viña del Señor? ¿queremos hacer maravillas? pues portémonos de manera que se pueda decir de nosotros lo que el sabio decia de Aaron: *No se encontró otro como él que observase la ley del Altísimo.* Los grandes deben dar mayor ejemplo, porque á quien se halla en mayor elevacion se le ve desde mas lejos. Si los que estan destinados para celadores de la ley, se dispensan de su observancia; si las obras desmienten las palabras, en vano se predica reforma, porque se cree mas á los ojos que á los oídos. *Capit. Jesus facere et docere*: antes comenzó Cristo haciendo que enseñando.

La verdadera grandeza, el mérito verdadero, no consiste en ocupar grandes puestos, en poseer grandes dictados, en conseguir gran nombre, en lograr la gracia del príncipe, sino en gozar de la de Dios: *Invenit gratiam coram oculis Domini.*

Piérdese, arruinase un pobre hombre con gastos locos y excesivos para conseguir estimacion; y solo logrará que todos le desprecien. Se mete en inmensos trabajos, ¿y para qué? para que se burlen de él. Desengañémonos, que solo cumpliendo con su obligacion, y sirviendo á Dios de veras, se consigue la verdadera gloria; y gloria que no depende ni de la inconstancia del tiempo, ni del capricho de los hombres. Dios es, y solo Dios es el que hace á los hombres gloriosos hasta con los mismos reyes; toda gloria que no deriva de Dios su estimacion y su lustre es gloria falsa, es gloria aparente. Solo Dios repartió las coronas de gloria; pero las repartió únicamente entre aquellos fieles siervos suyos que desempeñaron dignamente las obligaciones de su estado y ministerio. *Beatificavit illum in gloria, dedit illi coronam glorie.*

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XXVIII, pág. 596.

MEDITACION.

DE LA DULZURA CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay virtud mas necesaria á un cristiano que la dulzura; porque ó encierra en sí ó á lo menos supone todas las demás virtudes.

La humildad de corazón, que es como la base de nuestra perfeccion, es inseparable de esta dulce tranquilidad del alma: esta calma sirve de abrigo á la pureza. La dulzura siempre es fruto de una constante mortificacion; así como la paciencia lo es de una dulzura inalterable. Por lo que toca á la liberalidad, se puede decir que es en parte el carácter de esta amabilísima virtud; no hay otra mas benéfica. Y en punto de caridad, ¿puede haberla sin dulzura?

Pero ¿qué virtud hay mas amable? No hay pasion que no dome; no hay natural tan áspero, tan desabrido, tan feroz, que no le domestique; no hay genio tan agrio, que no le endulce; no hay corazon tan duro, que no le ablande; tan rebelde, que no le rinda; todo lo avasalla, todo lo conquista; todo cede á la dulzura. Gran error es imaginar que la severidad sea siempre el mejor remedio. Mas llagas ha curado el aceite que el fuego. ¿De dónde nace que se vean tan pocos niños bien disciplinados? ¿De dónde nace que se multipliquen los vicios, los desórdenes en las comunidades y en las familias? No de otro principio, sino de que, ó se descuida en la correccion, ó si se reprende, es siempre con desabrimiento, con pasion y con encono.

Es la dulzura cristiana hija legítima de la caridad. El celo áspero y amargo siempre es celo falso. No era espíritu de Cristo el que deseaba que bajase fuego del cielo para exterminar los corazones rebeldes. El caritativo samaritano curaba á su pobre enfermo con óleo y con vino. ¡O mi Dios, y qué error es pensar que la pasion pueda ser celo verdadero! La malignidad del corazon, el mal humor, la envidia, la emulacion, el genio, y no pocas veces el maldito interés, son los que encienden el fuego que no purifica, pero que quema. ¡Cuánto es de temer que el celo ardiente sin compasion y sin dulzura sea una pura pasion mal enmascarada! Jesucristo tenia celo; ¿y no tenia dulzura Jesucristo? ¡O qué error el no tener siempre á la vista este divino modelo! Hermanos míos, decia el apóstol, si alguno de vosotros se deja engañar, y cae en pecado, vosotros, que sois hombres espirituales, dadle buenos consejos, pero sea con espíritu de dulzura: *In spiritu lenitatis*.

¡Qué quietud, qué paz en las familias! ¡qué dulzura en el comercio de la vida civil! ¡qué copioso

fruto en los trabajos apostólicos si reinara en todos esta importante virtud! ¿De dónde nacen las quejas, las disensiones, las enemistades? ¿De dónde nacen aquellas tempestades que tantas veces se resuelven en piedra y en granizo? ¿De dónde provienen tantos enconos, tantas pesadumbres, sino del vicio opuesto á la dulzura?

¡Ah, Señor! y cuántas veces ha pasado por mí esta tristísima experiencia! ¿Será posible que no he de amar en adelante una virtud tan necesaria y tan ventajosa? ¿Será posible que despues de unas reflexiones tan concluyentes, no he de trabajar eficazmente con el socorro de vuestra divina gracia en adquirir una virtud tan amable?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la dulzura se puede llamar la virtud predilecta, la virtud favorecida de Jesucristo. No se contentó con enseñarnos esta amable virtud, sino que él mismo se nos propuso como ejemplar de ella (1): *Discite à me*: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon. Este es el ejemplo que os propongo. A vista de esto, ¿qué hay que admirar que la dulzura fuese una virtud tan familiar á todos los discípulos de Cristo? ¿Se podrá dejar de aprender esta importante leccion en tan celestial escuela? Son inseparables la dulzura y la humildad, haciendo una y otra como el carácter de la verdadera devocion.

Busca un santo que no haya tenido este espíritu de dulzura. Siempre que se va á ver algun sugeto que está en reputacion de eminente santidad, se va con la idea de encontrar á un hombre dulce, suave y apacible (2).

La Escritura dice (3) que Moisés era el hombre

(1) Matth. 11. — (2) Num. 22. — (3) Psalm 451.

mas dulce de todos los mortales (1). David parece que solo colocaba su confianza en su dulzura. Bienaventurados los mansos, dice el Salvador del mundo. Todo el evangelio de hoy está respirando un carácter de dulzura que embelesa. ¿Cuándo ha de llegar el caso de que esta amabilísima virtud, que tanto celebramos y que tanto nos agrada en los demás, tenga eficaz atractivo para trasladarla á nosotros?

La dulzura fué el carácter y el distintivo de san Francisco de Sales (2): *In fide et lenitate sanctum fecit illum*. Como estaba singularmente animado del verdadero espíritu de Jesucristo, no debe causar admiración que sobresaliese tanto en esta virtud. Y sobresaliendo tanto en ella, debe extrañarse mucho menos que hubiese reducido tantos herejes, que hubiese convertido tantos pecadores, y que hubiese hecho tantas maravillas. La dulzura en san Francisco de Sales no fué virtud de temperamento, sino de religión. Necesitó vencerse, reprimirse, mortificarse mucho tiempo para conseguirla. Necesitó domar su natural ardiente, y lograr tantas victorias como le presentó combates. Pero, ¡ó buen Dios, y qué delicioso es el fruto de estos sacrificios! ¡qué cosa tan dulce adquirir una virtud que trae consigo tantas otras!

Por el progreso que se hace en la dulzura cristiana, se reconoce el que se hace en la virtud. Unas modales llenas de altanería y de desprecio, unos impetus de un genio inquieto y enfadoso, unos fuegos de arrebatamiento y de cólera, siempre son efecto de una conciencia poco tranquila, y frecuentísimamente de un corazón atestado de pecados.

Pues vos quereis, dulcísimo Jesus mio, que yo aprenda de vos la dulzura y la humildad, dadme vos mismo esta docilidad tan necesaria. Tiempo era ya

(1) Matth. 5. — (2) Ecel. 47.

de que yo la hubiese aprendido desde que vos me enseñasteis tan importante lección. Pero al fin este es hecho, desde hoy en adelante estoy resuelto á declarar por discípulo vuestro, y quiero que singularmente se conozca en qué escuela estudio por mi humildad y por mi dulzura.

JACULATORIAS.

Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram. Matth. 5.
Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra de los elegidos.

Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. Matth. 5.
Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

PROPOSITOS.

1. Hallándote bien convencido del mérito y de las utilidades de la dulzura cristiana, haz seria reflexión sobre ti mismo, sobre tu genio, sobre tus vivezas, sobre tus impetus, sobre tu conducta; y examina si esta amable virtud es tu carácter, ó si, por el contrario, solamente la conoces por el nombre. Trae á la memoria aquellos impetuosos movimientos de un natural vivo y ardiente, aquella enfadosa taciturnidad, hija de un humor adusto y extravagante; aquellas respuestas secas y desabridas, aquellas modales duras, agrestes y despreciativas, aquellas altanerías insoportables, aquellas palabras avinagradas y llenas de hiel, aquel semblante oscuro, ceñudo y negativo, aquel tono de voz lleno de fiereza y de severidad, en fin aquellos torrentes de injurias, aquellos fuegos, aquellas cóleras, aquellos arrebatamientos que muchas veces tocan la raya del furor. Examina sin misericordia y con sinceridad, si estás sujeto á alguno de esos defectos tan contrarios á la manse-

dumbre cristiana. No te contentes con convenir en el hecho; pasa á notar y aun escribir todo cuanto reprehensible hallares en tí sobre este artículo; y despues de haberte acusado amargamente de todo á los piés de tu crucifijo, despues de haberlo detestado toda con dolor vivo, eficaz y perseverante, impone alguna penitencia por cada vez que cayeres; como dar una limosna considerable en aquel dia, hacer alguna mortificacion, tal que la puedas hacer inmediatamente despues de haber cometido la falta; y da cuenta de todo á tu confesor luego que puedas.

2. Fuera de esta práctica, que es admirable, impone desde este punto las leyes siguientes. Primera: Tengas el motivo que tuvieres para enfadarte ó para reprender, nunca lo hagas con terminos injuriosos ni despreciativos. Se puede hablar algunas veces con sequedad y con entereza; pero nunca con cólera. La correccion mas necesaria, la de mayor importancia es inútil y aun perniciosa, cuando en ella se descubre pasion ó ira. Los que gruñen mas no por eso son los mejor servidos. Aquellas gritadoras eternas, aquellos amos, aquellos superiores que no saben mandar sino á gritos y en tono descompasado, ni son amados ni son temidos. Si quieres ser obedecido, nunca mandes con altivez ni con fiereza. No temas perder tu autoridad por hablar con dulzura, en tono moderado, con modo afable. A los brutos se les doma con el miedo; pero á los hombres, aun á los menos dóciles, aun á los mas bárbaros, se les gana por razon, por religion y por amor. Propon firmemente desde este mismo instante conservar siempre un aire sereno, un semblante risueño, unas modales gratas, urbanas, apacibles con todo el género humano. Nunca hables con enfado, ni en tono áspero, altivo ó impaciente. La costumbre, el genio y tu poca virtud, te representarán desde luego como impracticables estos

consejos; tus continuas recaidas te persuadirán que es imposible esta reforma; pero no hay que desalentarse. A pesar de estos ímpetus indeliberados, que previenen á la voluntad y á la razon; á pesar de estos tonos de voz demasiadamente vivos, de esos primeros movimientos que se escapan á la mayor advertencia; á pesar de esas reincidencias en la cólera, que antes se ha manifestado que se haya prevenido; persevera siempre en tu propósito de corregir las modales, de observar perpetuamente las mas gratas, las mas apacibles, ya sea con los hijos, á quienes la aspereza pocas veces aprovecha, ya sea con los criados ó con los súbditos, á quienes la impaciencia siempre irrita, ya sea con los extraños, que solo se ganan con el buen modo. De hoy en adelante has de renovar este propósito todas las mañanas, ó cuando ofrezcas las obras, ó al fin de la oracion; y cuando por la noche hagas el exámen de conciencia, nota bien las faltas que hubieres cometido en este particular. Con el socorro de la divina gracia no hay genio, no hay natural, no hay costumbre que pueda resistir á la vigorosa resolucion de una buena voluntad. San Francisco de Sales logró hacerse uno de los hombres mas dulces que se habian conocido en el mundo, sin embargo de que por su naturaleza era colérico, como ya se ha dicho. Segunda: Observa con particular atencion á ciertas personas de virtud sobresaliente; y repara bien que por su dulzura inalterable han hecho muy amable á la virtud. Estudia sus modales, y advierte aquella serenidad constante, aquella afabilidad universal, aquella moderacion, aquella tranquilidad, aquel tono de voz siempre igual, siempre apacible. Te encanta, te hechiza el verlos; ¿pues quién te quita imitarlos? El orgullo destierra la dulzura. Sé humilde, sé mortificado; porque nunca se falta á la dulzura sino porque se olvida la mortificacion: resuelve trasladar á tí lo

que te agrada en los otros. Con este importante estudio se endulza el genio mas agrio, y el natural mas desabrido se suaviza. Ten presente que ni ha habido ni habrá jamás virtud verdaderamente cristiana sin dulzura.

DIA TREINTA.

SANTA MARTINA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Nació santa Martina en Roma de padres tan distinguidos y tan calificados, que su padre fué tres veces cónsul. Fué su dichoso nacimiento hacia el principio del segundo siglo. Eran sus padres cristianos; y así criaron á la niña con el mayor cuidado y con la mayor piedad. Desde sus mas tiernos años hizo tantos progresos en la virtud, que fué ejemplar y aun confusion de muchos fieles adultos. Penetrada de las verdades de nuestra religion, y favorecida de dones celestiales, solo se ocupaba en obras de caridad, pasando los dias en la oracion y el retiro. Estaba como escondida dentro de su propia virtud; y al paso que iba creciendo en edad, se iba tambien adelantando en sabiduria y piedad.

Imperaba á la sazón Alejandro Severo, que, aunque se mostró favorable á los cristianos, no por eso dejó de hacer muchos mártires, entre los cuales fué una nuestra Martina. Es verisimil que la persecucion fuese obra de los ministros del emperador, y que sin noticia del príncipe desahogasen ellos el odio que tenian contra los cristianos, cubriéndose con las leyes del imperio y con los decretos de los emperadores, que no estaban revocados.

Habiendo llegado á noticia de los magistrados que Martina era cristiana, la mandaron comparecer en nombre del emperador para que diese razon de la

religion que profesaba. Compareció la santa doncella con un semblante tan majestuoso, y con una modestia tan noble y tan cristiana, que los jueces no pudieron menos de mirarla con respeto, y aun con veneracion. Preguntáronla luego si era verdad que fuese cristiana. Tengo la dicha de serlo, respondió la santa con tono firme y con resolucion modesta, y me hacen mucha lástima los que no logran la misma dicha que yo.

¿Es posible, la replicó uno de los jueces, que una doncella de tu distincion, de tu entendimiento, de tu espíritu, tan rica y tan hermosa como tú, haya dado en las fantasias y supersticiones de los cristianos? Deja de reconocer por Dios á un hombre que por sus delitos fué crucificado, y ven inmediatamente conmigo al templo del grande Apolo á ofrecerle sacrificio. Este dios, á quien profesa singular devocion nuestro augusto emperador, derramará sobre ti á manos llenas beneficios y favores, luego que le rindas aquella veneracion y aquel culto que por tantos titulos le son debidos.

Como no reconozco otro Dios mas que el único á quien adoro, replicó Martina, tampoco debo rendir á otro ni veneracion ni culto. Mi mayor nobleza, y la prenda mayor de que me precio, es de ser cristiana; teniendo tambien por la mayor de todas las felicidades el derramar toda mi sangre y ofrecer mi vida por mi religion. Admirome ciertamente que unos hombres como vosotros, entendidos, discretos y capaces, tengais por dios á una estatua de mármol ó de bronce, fabricada á golpes de martillo por un artifice que vale mucho mas que ella: y para que conozcais por vuestra propia experiencia cuan ridículas son estas divinidades quiméricas, á las que dedicais vuestros cultos, llevadme, si gustais, al templo de vuestro Apolo, y veréis como reduzco en polvo á esa mentida deidad en vuestra misma presencia.